1870

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

CASADO

Y CON HIJOS,

JUGUETE EN UN ACTO, EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ CAMPO-ARANA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1876.

CASADO Y CON HIJOS.

CASADO Y CIA. HIJOS

CASADO Y CON HIJOS,

JUGUETE EN UN ACTO, EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON JOJÉ CAMPO-ARANA.

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA el 9 de Junio de 1876, á beneficio de la Sra. Doña Maria Álvarez de Hernando.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA.....	Sra. Álvalez de Hernando.
JUANA.....	Srta. Muñoz.
EDUARDO.....	Sr. Maza.
MIGUEL.....	Sr. Galé.

La accion en Pozuelo.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA DISTINGUIDA ACTRIZ

SRA. DOÑA MARÍA ÁLVAREZ DE HERNANDO.

Hecha esta obra por encargo de V., estrenada por V., y aplaudida por V., deber mio es dedicársela á V.

Acéptela, pues, honrando de este modo á su admirador y amigo

Q. B S. P.

José Campo-Arana.

608690

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/casadoyconhijosj00camp

ACTO ÚNICO.

Sala en una casa de campo. Puertas al fondo y laterales. En primer término, izquierda, un velador con álbums, libros, recado de escribir, etc.

ESCENA PRIMERA.

JUANA.

Ya se marchó el tren. No tardará mucho en llegar á la quinta del señorito Miguel. ¡Qué hombre más particular! Ya se sabe, todos los sábados viene á pasar el dia con la señora, con el propósito de decirla que la quiere, y todos los domingos se vuelve á Madrid sin haberle dicho una palabra. Pero hoy no debe venir solo. La señora ha mandado disponer almuerzo para tres, y del pueblo no nos visita nadie. Ya está ahí. ¿Si hablará por fin?

ESCENA II.

JUANA, EDUARDO, MIGUEL.

MIGUEL. ¡Hola, Juanita!

JUANA. Adios, señorito Miguel.

MIGUEL. ¿Y la señora?

JUANA. Tan buena. La pasaré recado, aunque tendrán ustedes que aguardar: está en el tocador.

MIGUEL. Bueno. Anúncianos, sin embargo, porque ya ves que no vengo solo.

JUANA. Voy en seguida. (¿Quién será este señorito?) (Váse.)

ESCENA III.

MIGUEL, EDUARDO.

EDUAR. La casa es bonita.

MIGUEL. Sí.

EDUAR. Pero hombre, ¿qué tienes? Desde que me anunciaste esta presentacion, me miras de un modo particular, y durante los veinte minutos de camino has venido con la vista fija en un boton de mi pechera. ¿Te gustan? te los regalo.

MIGUEL. No, no: es... que estoy verdaderamente enamorado. Ya verás, ya verás qué mujer. ¡Qué viuda!

EDUAR. Pero si ella te corresponde, no veo el motivo de esa preocupacion.

MIGUEL. Ese, ese es precisamente.

EDUAR. ¿Temes que te engañe?

MIGUEL. No, hombre, no. Voy á confesarte la verdad. No sé si me quiere ó no, porque...

EDUAR. ¿Por qué?

MIGUEL. Porque hace dos años que pienso decirselo todos los dias y me lo digo á mí solo. Así que yo estoy muy enterado, pero ella no sabe una palabra.

EDUAR. ¿Ahí estamos?

MIGUEL. Esa es la situacion, y por eso te he traido hoy.

EDUAR. Ya. ¿Necesitas un Cirineo?

MIGUEL. He pensado maduramente un proyecto y necesito de tí.

EDUAR. Por mi parte, manos á la obra.

MIGUEL. Como mi único temor es que me haga un desaire, quiero, ántes de irme al toro...

EDUAR. Hombre, esa comparacion...

MIGUEL. Chico, si la temo más que á uno de Miura. En fin,

quiero, como te decía, explorar su ánimo de un modo seguro. He pensado buscarme un rival, y ver cómo le recibe.

EDUAR. ¡Ah! Ya. ¿Y quién es el rival?

MIGUEL. Tú.

EDUAR. ¡Yo!

MIGUEL. Tú.

EDUAR. ¡Yo! Vamos, tú estás loco. ¡Un hombre casado!

MIGUEL. Vaya un inconveniente.

EDUAR. Y con dos hijos y una suegra, que vale por tres.

MIGUEL. Pero como tu suegra no está aquí...

EDUAR. Imposible, imposible de todo punto. ¿No comprendes, desgraciado, que me expones al divorcio?

MIGUEL. Pero ven acá...

EDUAR. ¡Cá, hombre! Lo que voy á hacer es marcharme ahora mismo.

MIGUEL. Ten calma. Mira, aquí no viene nadie, la farsa no durará más que hoy. ¿Quién ha de saberlo?

EDUAR. Chico, las mujeres huelen en seguida esas cosas.

MIGUEL. ¿Es decir que me niegas un favor tan pequeño, cuando de él depende mi felicidad?

EDUAR. Es que tengo otro motivo.

MIGUEL. ¿Cuál?

EDUAR. ¿Estás seguro de que no nos oye nadie?

MIGUEL. Nadie.

EDUAR. (Muy bajito.) Pues bien, tengo un impedimento grande. Yo quisiera poderlo corregir, pero...

MIGUEL. Hombre, me pones en cuidado.

EDUAR. (Casi al oido de Miguel.) Oye: soy frágil.

MIGUEL. ¿Eh?

EDUAR. Cuestion de temperamento, pero...

MIGUEL. No te entiendo.

EDUAR. Sí, hombre, sí. Soy frágil... Y eso de jugar con el fuego... El demonio las carga... y á veces las cañas se vuelven lanzas.

MIGUEL. ¡Ah! ¿Temes enamorarte?

EDUAR. Justamente. Y si me sucede eso... calcula.

MIGUEL. ¡Bah! No hay cuidado.

EDUAR. ¿Crees que no hay cuidado? Bueno, pues luégo no me eches la culpa. Yo lo haré por no dejarte en las astas del toro.

MIGUEL. Gracias, gracias. Ya estaba yo seguro de que no te negarías.

EDUAR. Te has empeñado...

MIGUEL. Mira, ahora... ¡Chist! Ya está aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, MARÍA.

MIGUEL. Señora...

MARIA. Adios, Miguel. ¡Caballero!...

EDUAR. Á los piés de usted.

MIGUEL. Tengo el honor de presentar á usted á mi amigo don Eduardo Rodriguez, rico propietario y persona de recomendables prendas.

EDUAR. Servidor de usted.

MARIA. Muy señor mio. Tomen ustedes asiento.

MIGUEL. Mil gracias.

EDUAR. Con permiso de usted. (¡Qué gran mujer!)

MIGUEL. (Á Eduardo.) (¿Qué tal?

EDUAR. ¡Oh!...)

MIGUEL. Usted me dispensará la libertad que me he tomado de traer á mi amigo.

MARIA. Nada de eso; yo debo agradecer á usted que me haya proporcionado el placer de conocer á este caballero, y á él que se haya molestado en venir á este retiro.

MIGUEL. No puede considerarse retiro cuando usted le llena con su...

MARIA. Gracias. Es la costumbre. En cuanto llega el mes de Abril, siento necesidad de hacer la vida del campo.

EDUAR. Yo haría lo mismo. Y si no fuera por mi mu...

MIGUEL. (Tirándole de la levita.) (¡Que te escurres!)

EDUAR. Por mi mooodo de vivir...

MIGUEL. Efectivamente; las costumbres de éste son tan extra-

ñas... Ya se ve, un hombre libre...

EDUAR. (¡Ya la soltó!)

MARIA. ¿Es usted soltero?

EDUAR. Efectivamente, mis costumbres son muy extrañas, porque...

MIGUEL. (Á María.) Este es el único defecto que habrá usted de perdonar á mi amigo. Es lo más distraído...

EDUAR. Efectivamente, mis costumbres...

MIGUEL. Hombre, ¿no has oido? Maria te preguntaba si eres soltero.

EDUAR. ¿Á mí?

MIGUEL. Sí, hombre, sí.

EDUAR. Perdone usted; pero es que tratábamos de una cuestion que me saca de mis casillas... ¡La vida del campo!... Si yo pudiera... Porque no hay nada como el campo. La soledad, el silencio... No tiene uno que tratar con los conocidos ni con su suegra... Es decir, el que la tiene... ¡Ah! ¡Qué bendita tranquilidad!

MARIA. Ya comprendo. Usted,—y es natural— se sentirá cansado muchas veces de esa vida intranquila, y... Porque usted vivirá próximamente como todos las solteros...

EDUAR. ¿Como todos los solteros? Sí; sobre poco más ó ménos.

MARIA. ¿Es usted solo?

EDUAR. No, no, señora.

MARIA. ¡Ah! ¿Tiene usted familia?

EDUAR. Dos niños.

MIGUEL. Dos hermanitos.

EDUAR. Sí, dos hermanitos. El primero le tuve al año...

MIGUEL. (¡Eh!)

EDUAR. Al año de morir mi pobre mamá...

MARIA. ¡Pobrecito!...

EDUAR. (¡Yo sudo!)

MIGUEL. (¡Qué barbaridad!) (Pausa.) (Vamos, hombre, dila algo.)

EDUAR. ¡Ah! Sí, no me acordaba. La verdad es, que... Es muy bonita la quinta, y usted... usted... la da más...

MARIA. Mil gracias; es usted muy galante.

EDUAR. No, la juro á usted...

MIGUEL. En punto á sinceridad, es un modelo. Es incapaz de fingir.

EDUAR. ¡Hombre, eso ya es mucho!... mucho favorecerme.

MARIA. (¿Qué le pasará á este hombre?) Conque ante todo, es necesaria la franqueza. Ustedes están en su casa, y yo, contando con su amabilidad, voy á escribir una carta... Miguel, delego en usted mis obligaciones; acompañe usted á su amigo y enséñele lo que quiera.

EDUAR. (Y es muy franca.)

MIGUEL. Mil gracias por la confianza...

EDUAR. (¡Y cómo me gustan á mí las mujeres francas!)

MARIA. (Á Miguel.) Su amigo de usted se ha vuelto á distraer.

EDUAR. Perdone usted. Tiene usted una franqueza encantadora, y yo adoro la franqueza y... (Distrayéndose.) (¡Es una mujer que!...)

MIGUEL. ¿Vamos, pues?

EDUAR. Sí. Con permiso de usted... (¡Qué gran mujer!) (María se pone á escribir. Eduardo da unos pasos detrás de Miguel, vuelve la cabeza para saludar al llegar á la puerta, y se detiene nuevamente. Miguel, que ha salido ya, vuelve á entrar y se lleva del brazo á Eduardo.)

MIGUEL. Vamos, hombre. ¿Qué esperas?

EDUAR. Nada, nada. (¡Qué gran mujer!) (Vánse los dos.)

ESCENA V.

MARÍA.

¡Es simpático! Pero tiene unas maneras tan raras... He tenido que poner fin á la conversacion; parecía que estaba violento... ¿Me conocerá de ántes?... ¡Quién sabe! Puedo haberle causado una impresion grande... ¿Por qué le habrá traido Miguel? Ese es otro. Dicen que es difícil comprender á una mujer... pues lo que es á un hombre... El uno rie, el otro llora; éste escribe cartas de ocho pliegos, el otro no sale de los suspiros y las miradas... Me acuerdo de Juan, el hombre más galante de la buena sociedad: desde que le dí el sí,

como él decía, no le oí más que inconveniencias, y las disculpaba diciéndome que eran efecto de su cariño. En cambio mi pobre Cárlos era tan dulce, que empalagaba; tan expresivo, que tenía que llamarle al órden más de una vez... Manuel me hablaba siempre de las noches de luna, y Ricardo de su caballo... ¡Oh! Pero ninguno como aquel capitan de artillería que me hacía unos versos todos los dias y me regalaba nardos todas las noches: desde entónces ódio los nardos. La verdad es que el amor no vale lo que cuesta. Pero éste parece otra cosa. ¿Qué le pasará? La verdad es que, siquiera por picar al otro, si me dijera algo... ¡Cá! Cuando Miguel le ha traido, estará seguro.

ESCENA VI.

MARÍA, EDUARDO.

EDUAR. (Desde la puerta.) Señora... (¡Aquí fué donde Cristo empezó á padecer!)

MARIA. ¡Ah! Pase usted.

EDUAR. Miguel se ha quedado un momento en el jardin...

MARIA. ¿Sí? Yo ya he terminado mi carta, de modo que le agradezco que venga...

EDUAR. Eso es, sí. Vengo á...

MARIA. Á darme conversacion.

EDUAR. Justo. (¿Cómo empezaré?)

MARIA. (Indudablemente le ha causado impresion.)

EDUAR. (¡Qué mujer! Y no se me ocurre una idea...) (Pausa.)

MARIA. (¡Bonito modo de darme conversacion!)

EDUAR. (Suspirando.) (¡Pero señor, qué mujer!)

MARIA. Está usted preocupado...

EDUAR. No, no señora; es que... al verme... al estar tan cerca... Hace hoy tanto calor...

MARIA. Pues sepárese usted.

EDUAR. (Acercándose.) Quería decir... que Miguel se ha quedado en el jardin...

MARIA. Y que usted venía á darme conversacion, ¿verdad? Sí,

pues ya, ya me lo ha dicho usted.

EDUAR. (Estoy haciendo el ridículo... Si hallase un medio indirecto... ¡Ah! El abanico, sí, ella debe entender el lenguaje del abanico.) Pues sí, Miguel, digo no; decía que hoy hace mucho calor .. Y ustedes tienen la defensa del abanico, pero nosotros...

MARIA. (¡Ah! Comprendo.) Tome usted. (Dándole el abanico.) No me había ocurrido...

EDUAR. Mil gracias. (Dando vueltas al abanico entre las manos.) (Ella debe entender el lenguaje del abanico... pero el caso es que yo no lo entiendo. (Abanicándose.) ¡Quién me mandaba á mí meterme!...)

MARIA. (Vamos, ahora me le dará.)

EDUAR. (Cerrando el abanico, yendo á dársele á María y dejándolo por fin encima del velador.) (El caso es que yo no lo entiendo.)

MARIA. (Vamos, tiene miedo, es preciso animarle.) ¿Le gustan á usted los grabados?

EDUAR. Mucho, señora, mucho.

MARIA. Aquí tengo un libro... Le veremos juntos.

EDUAR. (¡Juntos!) Sí, sí señora. (Acercándose.)

MARIA. Pero ahí está usted muy lejos.

EDUAR. Efectivamente. (Esto se complica.)

MARIA. Siéntese usted aquí. (Indicándole la marquesita en que está sentada.)

EDUAR. (Me parece que...) Señora...

MARIA. ¿Qué?

EDUAR. Nada, que me gustan mucho los grabados. (¡Si me viera mi mujer!...)

MARIA. (Hojeando el álbum.) ¿Le gusta á usted este?

EDUAR. Precioso. (¡Qué mujer... y qué... mujer!)

MARIA. ¿Y este?

EDUAR. Divino. (¡Pero cómo me mira esta mujer!)

MARIA. Este es aún mejor: vea usted qué fondo.

EDUAR. ¡Oh! (Y qué mano tiene esta mujer!) Señora... Yo...

MARIA. ¿Qué le pasa á usted?

EDUAR. (Mi fragilidad sucumbe.) Que yo y usted... y mi amigo Miguel... y el tiempo... y la... y el...

MARIA. Sí, el calor...

EDUAR. No, no es calor lo que tengo, son escalofríos.

MARIA. ¿Está usted enfermo? ¿Siente usted algo?

EDUAR. ¡Que si siento! Sí señora, sí que siento. Señora... ¡sabe usted que es usted muy bonita?

MARIA. Caballero...

EDUAR. Y que me gusta usted mucho...

MARIA. Pero...

EDUAR. Y que la adoro á usted, sí señora, la adoro á usted. Pero de un modo atroz!

MARIA. Pero caballero...

EDUAR. Sí, la adoro á usted como un loco, como un insensato. ¿Por qué me ha enseñado usted los grabados?

MARIA. Por Dios, amigo mio, esto es...

EDUAR. Una barbaridad. Tiene usted razon.

MARIA. Comprenda usted que mi posicion... Yo...

EDUAR. (Ya estará Miguel satisfecho.) (Levantándose.) Señora, perdóneme usted; un momento de arrebato, de fragilidad... Tal vez la he ofendido.

MARIA. No, ofenderme... (¿Qué es esto?)

EDUAR. Sí, lo comprendo.

MARIA. ¿Por qué me había de ofender? Muy al contrario.

EDUAR. Señora... ¿Conque dice usted que lo contrario? Es decir que... (Se sienta.) que podré... que podría esperar...

ESCENA VII.

DICHOS, MIGUEL, en la puerta.

MIGUEL. (¡Bravo! La cosa marcha.)

MARIA. Yo...

EDUAR. (¡Mi fragilidad ha sucumbido!) ¡Ah señora! Soy el más feliz. Usted me abre el cielo. Sí, hermosa, hermosísima María. Déjeme usted que... (Dándola un beso en la mano.)

MIGUEL. (¡Demonio! ¡Esto es más de lo que yo quería!) (Tose.) ¡Ejem! ¡Ejem! (Entra.)

MARIA. (¡Ah!)

EDUAR. ¡Bien! (Pausa.)

MIGUEL. Sentiría haber venido á molestar...

EDUAR. No, de ninguna manera.

MIGUEL. (Á Eduardo.) (¡Muy bien!)

EDUAR. (Este hombre es tonto.)

MIGUEL. Segun he creido ver, la conversacion de ustedes era muy animada.

EDUAR. Sí, hasta cierto punto...

MIGUEL. (Á María.) Me parece que han simpatizado ustedes muy pronto.

MARIA. No sé por qué lo dice usted. Y aunque así fuera...

MIGUEL. (¡Malo! Aquí hay algo. Me parece que he hecho una tontería. Fíese usted en los amigos.) No, no tendría nada de particular.

EDUAR. (¿Qué le dirá?)

MIGUEL. Yo me felicito mucho de haber sido la ocasion de que mi amigo Eduardo... Solamente que... yo la quería decir á usted una cosa...

MARIA. ¿De su amigo de usted?

MIGUEL. Sí, de mi amigo. Como veo que le interesa á usted...

MARIA. ¿Á mí?

EDUAR. (Estoy en áscuas.)

MARIA. ¿Y qué es lo que tenía usted que decirme?

MIGUEL. Que... que Eduardo... mi amigo, es...

EDUAR. ¡Hola! ¿Se trata de mí?

MIGUEL. Sí.

EDUAR. Estaban ustedes murmurando...

MARIA. Miguel me decía... Mejor dicho, me iba á decir...

EDUAR. (Á Miguel.) ¿Qué ibas á decir?

MIGUEL. Pues... nada; que eres un muchacho muy apreciable, y que te hacías querer de todos los que te conocen.

EDUAR. (Éste se ha tragado la partida.) (Pausa.)

MARIA. (¡Qué pesado está este hombre con sus reticencias!) (Pausa.)

MIGUEL. (¡Me he lucido!) (Pausa.)

EDUAR. (¡Se va á armar una!... Si supiera esto mi mujer... Digo, y si lo supiera mi suegra...) (Pausa.)

MIGUEL. (Movimiento de impaciencia.)

EDUAR. ¿Decías?...

MIGUEL. ¿Eh? ¡Ah! No, nada, no decía nada. (Pausa.)

MARIA. Yo, con permiso de ustedes, voy un momento allá dentro.

EDUAR. Usted es muy dueña.

MIGUEL. Hasta despues. (Váse.)

ESCENA VIII.

EDUARDO, MIGUEL. Pausa.

EDUAR. Hombre, á tí te pasa algo.

MIGUEL. No, no me pasa nada. Veo que has cumplido bien mi encargo.

EDUAR. He hecho lo que he podido.

MIGUEL. ¿Con que lo que has podido? Sí, ya te he visto. Cuéntame, cuéntame despacio...

EDUAR. Hombre, francamente, yo lo siento mucho, pero...

MIGUEL. Pero ¿qué?

EDUAR. Nada: que puede suceder que no te agrade... Chico, á mí no me eches la culpa. Yo ya te dije que era frágil.

MIGUEL. ¿Conque frágil?... ¡Ya! Cuenta, cuenta, que quiero saberlo todo.

EDUAR. Ya que te empeñas... Pero... En dos palabras... yo soy frágil... ¿Pues quieres que te diga la verdad? Aún es más frágil esta señora.

MIGUEL. ¡Cómo!

EDUAR. Nada... que la adoro... y siento mucho decírtelo: pero ella me adora tambien.

MIGUEL. (Amostazado.) ¿Y te parece que ese es el comportamiento de un buen amigo?

EDUAR. ¿Y tengo yo la culpa de haberla gustado? ¿No ha sido tuya la invencion?

MIGUEL. ¿La de que tú le gustáras á ella?

EDUAR. ¿Y qué había de hacer yo?

MIGUEL. Pues no gustarla.

EDUAR. ¡El demonio que te entienda! Quieres que la enamore y que no la guste...

MIGUEL. Habrás estado muy amable...

EDUAR. No, si te parece, la hubiera arañado.

MIGUEL. Pero... descuida. . Yo pondré el remedio.

EDUAR. ¡Cómo? ¿Qué remedio es ese?

MIGUEL. Decirla sencillamente tu verdadera posicion... Que eres casado.

EDUAR. No hagas una barbaridad.

MIGUEL. No me queda otro medio.

EDUAR. Te lo prohibo.

MIGUEL. Está buena la prohibicion.

EDUAR. ¡Nos batiremos!

MIGUEL. Es que yo se lo diré ántes para que no tengas el consuelo de que ignore tu estado si me matas.

EDUAR. Miguel, aquí en el seno de la amistad, permíteme que te diga una cosa. Miguel, eres muy bruto.

MIGUEL. ¿Te chanceas?

EDUAR. No, no; te lo digo con toda formalidad.

MIGUEL. Pues ni aún así conseguirás que yo no se lo diga.

EDUAR. Corre, vé á decírselo; yo la diré en cambio de quién ha sido la idea. Esa mujer no te quiere, no te puede querer.

MIGUEL. Lo veremos.

EDUAR. Te repito que es imposible.

MIGUEL. ¿Y por qué?

EDUAR. Porque me quiere á mí.

MIGUEL. Pues está mal hecho. Y soy capaz...

EDUAR. ¿Conque es decir que yo soy el herido y tú te pones la venda? ¿Conque es decir que me arrastras á una posicion ridícula y hasta me quieres privar del derecho de que una mujer se enamore de mí?

MIGUEL. Me voy, porque pierdo la paciencia.

EDUAR. Pero escucha...

MIGUEL. ¡Déjame en paz! Soy más bruto... (Váse.)

ESCENA IX.

EDUARDO.

Al fin convienes en ello. Pues señor, bonita situacion. Y si esta señora viviera siempre en Pozuelo, ó fuera ciega, ó mi mujer fuera sorda... Pero llegará el caso de que sepa la verdad ó me vea en Madrid... y ¿con qué cara me presento yo á ella? Yo decírselo no se lo digo... Pero se lo dirán á mi mujer que es peor.—Héla aquí.

ESCENA X.

DICHO, MARÍA.

EDUAR. Señora, yo necesito dar á usted una explicacion. (Sí, yo debo decírselo todo... Mentir de esa manera...)

MARIA. Tambien yo deseo.

EDUAR. Pues bien, señora... Hace un momento que me he dejado arrastrar por la pasion, por la hermosura de usted, por la fragilidad, en una palabra, y he cometido una locura.

MARIA. Cierto. (Se refiere al beso.)

EDUAR. He faltado al más sagrado de los deberes... Yo no puedo, no debo...

MARIA. ¡Cómo! (Este hombre me oculta algo grave que necesito saber. Voy á apurarle.)

EDUAR. Sí, señora. Este amor es imposible. Se opone á ello...

MARIA. Comprendo. Deberes de amistad.

EDUAR. Justo: de amistad.

MARIA. Pero eso no es bastante.

EDUAR. Es que hay otro inconveniente.

MARIA. Usted dirá.

EDUAR. Yo estoy... Pues!... estoy... En una situacion crítica (Me atraganto.)

MARIA. Comprendo su delicadeza, y eso le enaltece á mis ojos; pero esté usted tranquilo en ese punto. Yo nunca hu-

biera correspondido al amor de su amigo de usted...

EDUAR (Esta señora no entiende de indirectas.)

MARIA. Porque ese es sin duda el motivo.

EDUAR. Yo diré á usted... Es que yo tengo una debilidad, un compromiso.

MARIA. ¡Ah! Sí, no lo extraño, es usted jóven; pero eso no tiene consecuencias; y yo espero que cuando llegue el dia en que tengamos mútuos deberes, usted abandonará ese devaneo.

EDUAR. (¡Devaneo llama á mi mujer!)

MARIA. Y cuando tenga usted una familia entre la que pueda vivir tranquilo y una mujer cariñosa y...

EDUAR. (Me parece que me vuelvo á poner malo.) ¡Ah! Señora...

MARIA. Nada... abandone usted vanos escrúpulos, que yo no soy exigente ni desconsiderada... ¿Es cierto que usted me ama?

EDUAR. (¡Esto ya no tiene igual!) Mucho, mucho.

MARIA. Pronto un lazo sagrado...

EDUAR. (¡Caramba!) Señora, yo... yo, francamente...

MARIA. ¿Qué, se atrevería usted á decir que ha mentido?

EDUAR. (¡Esto sólo me faltaba!)

MARIA ¡Habrá usted sido capaz de lacerar mi corazon!. . De burlarse de mi credulidad... ¡Dios mio, qué desgraciada soy! (Llora.)

EDUAR. ¡Ah! No, María, no llore usted. Soy un insensato: la amo, la adoro á usted. Daría cien vidas por esas lágrimas que yo he hecho derramar. Perdóneme usted. Yo la juro...

MARIA. ¿De veras?

EDUAR. Por lo más sagrado.

MARIA. Gracias, amigo mio: veo que es usted el hombre que yo había soñado.

EDUAR. (Esta mujer está loca) María...

MARIA. Siéntese usted aquí. Hablemos de nuestros proyectos para el porvenir.

EDUAR. (¡Dios me dé fuerzas!)

MARIA. Yo tenía pensado pasar el invierno en Madrid ó París buscando distracciones. (Eduardo demuestra estar mu preocupado durante la escena.) Pero he variado de opinion. Pasaremos el verano en Deva y el invierno en Niza. ¡Allí, en medio de una naturaleza siempre bella. Pero está usted preocupado.

EDUAR. No, no...

MARIA. Aspirando otro aire más puro, lejos del aturdimiento del gran mundo...

EDUAR. Sí. .

MARIA. ¿Conque aprueba usted mi plan?

EDUAR. ¿Pero y mi mujer, señora? ¿Qué hago yo de mi mujer?

MARIA. (Levantándose.) ¡Cómo!

EDUAR. Perdóneme usted, pero soy casado. No lo puedo remediar.

MARIA. ¡Esto es una burla indigna! (¡Oh! Yo me vengaré. No te irás con ella.)

EDUAR. Señora...

MARIA. Pero no importa.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MIGUEL, que ha salido al levantarse María y permanece en el foro.

MIGUEL. (¡Demonio!)

EDUAR ¡Qué! Seré tan feliz. .

MARIA. ¿Usted me ama, verdad? No puede usted haber sido capaz de engañarme.

EDUAR. Yo le juro á usted... (Algo se pesca.)

MARIA. Pues bien, yo tambien te amo

MIGUEL. (¡Le tutea!)

MARIA. Sí, te amo, y nada en el mundo podrá arrancarte á mi amor.

EDUAR. ¡Oh felicidad!

MARIA. Pero yo no soy una mujer vulgar. Yo no puedo entregar mi fama á la maledicencia del mundo, yo no puedo tener un amante.

EDUAR. ¡Cómo!

MARIA. Sí, es necesario que seas mi esposo.

EDUAR. Pero...

MARIA. Y lo serás.

MIGUEL. (¡Esto es horrible!)

MARIA. Para ello no existe más que un obstáculo, tu mujer.

EDUAR. (¡Dios mio!)

MARIA. Es preciso que desaparezca.

MIGUEL. (¡Qué horror!)

EDUAR. Pero señora... (¡Matar á mi mujer!) Yo no puedo consentir un crímen tan espantoso.

MARIA. Será inútil que quieras impedirlo.

EDUAR. (Esta mujer es una fiera.) Pero ella, ¿qué culpa tiene?

MARIA. ¡Cómo! ¿Te atreverás á defenderla?

EDUAR. Pues bien, sí, la defiendo, porque, sépalo usted, yo no quiero á ninguna mujer más que á la mia.

MARIA. ¿Luego me has engañado? ¡Vas á morir! Pero no, leo en tus ojos que me mientes. Conozco en tu rostro que me amas, sí, y mañana, cuando el crímen nos una, me amarás más todavía.

EDUAR. (¡La diré que sí, si no me ahoga!) Sí, es verdad, yo te amo, te amo.

MIGUEL. (¡Y yo pensaba casarme con esta mujer!)

MARIA. ¿Por fin consientes?

EDUAR. Diga usted, ¿no le sería á usted igual que mataran á mi suegra?

MARIA. ¿Te burlas?

EDUAR. (¡Dios mio!... Pero yo no puedo consentir...) ¡Señora, sea usted compasiva... ¡Perdone usted á mi mujer! (¡Y ese infame Miguel, que me ha metido en este compromiso!...)

MARIA. Nunca. ¡Morirá!... Y tú con ella si me engañas.

EDUAR. Pero vea usted que yo soy inocente; que yo la he hecho á usted el amor por encargo.

MARIA. ¡Cómo!

EDUAR. Sí, por encargo de Miguel, que quería saber de este modo si usted le amaba.

MIGUEL. (Saliendo.) Sí, María, es verdad; yo soy el único culpable...

MARIA. ¡Ah! ¿Conque usted ha sido?...

MIGUEL. Sí; yo sólo.

EDUAR. Él sólo; créalo usted.

MARIA. Alce usted, caballero. La broma ha terminado.

EDUAR. ¡Ah! ¿Conque no?... (Hace ademan de dar una puñalada.)

MARIA. Su infidelidad de usted merecía un castigo...

EDUAR. ¡Qué rato he llevado! Usted me perdone.

MARIA. No se hable más de ello.

MIGUEL. Y ¿yo podré esperar?...

MARIA. Amigo mio, el ejemplo de este caballero me ha afirmado en mi decision. La fidelidad no es la virtud de los maridos, y no quiero exponerme á comprobarlo por mí misma.

MIGUEL. Me he lucido. Maldita ocurrencia!

MARIA. (Al público.)

Al autor, que anda asustado,
le he dicho esté confiado
y espere encontrar clemencia,
que si es grande su pecado
es mayor vuestra indulgencia.
Conque así, aunque sólo sea
por no dejarme á mi fea,
que sería una crueldad,
aplaudid, para que vea
que le dije la verdad.

FIN.

AUMENTO *al Catálogo de esta Galería de* 1.° *de Abril de* 1876.

	TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
	COMEDIAS Y DRAMAS.			
2	Casado y con hijos—j. o. p..	1	D. José Campo-Arana..	Todo.
2	¡El cuchillo de la cocina!	1	José de Fuentes.....	»
1	El despuntar del dia, *monólogo*.	1	Adolfo de Castro....	»
»	El primer desliz—c. a p....	1	Joaquin Valverde...	»
1	El vencedor de sí mismo....	1	D.ª Mercedes de Velilla .	»
2	En el forro del sombrero-j. o. p.	1	D. Fermin M. Sacristan.	»
2	En perpétua agonia	1	Salvador Lastra.....	»
2	La beata de Tafalla—c. o v...	1	Sres. Salcedo y Carr.° de Albornoz.	»
»	La gota de rocío, *monólogo*. ..	1	D. Adolfo de Castro....	»
2	Simplezas—j. o. p.....	1	Santa Ana y Jaques.	»
3	Una extravagancia—c. o. p..	1	Eduardo Saco.....	»
2	Ya pareció el padre—j. a. p..	1	J. Balaguer.....	»
2	Antes y despues—c. a. v.....	2	Navarro y N. Gonz..	»
9	Despues de la boda—c. o. p..	3	José Campo-Arana..	»
2	Epílogo de una historia-c. o. v.	3	Luis San Juan.....	»
	La fiesta del hogar.....	3	Joaquin Valverde...	Música
4	No contar con la huéspeda....	3	Sres. Fuentes y Alcon...	Todo.
	ZARZUELAS.			
	Ais lladres.....	1	D. Benito Monfort.....	Música
4 c.	El Mesías—o. v.....	3	Sres. Haro y Cabas.....	L. y M.
	Rosicler y Tulipan—a. p.....	3	Sres. Pina Dominguez y Lecoq.....	L. y M

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.